



BOABDIL.

(La corona es de oro, con pedrería de rubí y esmeraldas; la marlota, la mitad es de color carmesí, y la otra mitad verde con adornos dorados. El fondo es oscuro con pintas de oro.)

RETRATO DE BOABDIL.

(1483.)

ADVERTENCIA.

Boabdil, último rey moro de Granada, habiendo en la batalla de Lucena caído en poder de D. Diego de Córdoba, conde de Cabra (21 de abril de 1483), estuvo algún tiempo prisionero en su castillo de Baena.

Durante el cautiverio fué retratado, y de esta pintura habla (aunque cien años después) con extraordinario elogio D. Francisco Fernandez de Córdoba, abad de Rute, autor de la *Didascalia múltiplea*, en su *Historia de la descendencia y familia de la casa de Córdoba*.

El autor del cuento que insertamos posee tan peregrino retrato, monumento preciosísimo de nuestras glorias y de nuestras artes en el siglo XV. El le ha inspirado la ficción que encierra el presente rasgo, imitación del lenguaje popular de aquellas calendas, y donde no se rechazan la historia, la tradición y la novela.

Verlas tan hermanadas hizo decir á uno de nuestros mas grandes literatos: «¡Lástima que tambien no sea verdad este papel, teniendo todas las vislumbres de antiguo!»

La tabla, de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho, presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparacion de yeso, y exceptuando el sitio que habian de ocupar el rostro y cabellera, fué toda la estension del cuadro dorada y bruñida antes que el pincel fijase los colores, y el punzon labrase la corona, las ropas y la cadena.

Por la pintura se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba.

Esmeraldas y rubies engarzan la corona, que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta, mitad es de un color mitad de otro: verde, recamada de lises de oro; carmesí, recamada de rosas del propio metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo, y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa, bordada y respunteada de encarnado.

La cadena es de bronce. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.

De Boabdil no se conocia verdadero retrato ninguno, sabiéndose por el testimonio del abad de Rute su existencia. En el *Geneaxarife* de Granada existe un lienzo, obra de mediado el siglo XVII, conocido por retrato del *Rey Chico*. Es equivocacion notoria: tuvo el pintor cuidado de advertir en una larga inscripcion el nombre del personaje: quiso representar á *Aben Hut*, descendiente de los antiguos reyes de Zaragoza.

Papel

intitulado

Flor de Amores,

en el qual, con muy pulido é apacible estilo, se cuentan verdaderas historias, é se notan muy provechosos advertimientos. Compuesto por el honrado caballero Pero Fernandez, é endereçado á la muy noble señora doña Elvira de Velasco.

E pues me ordenades, discreta señora, que os fable de amores, fablaros vos quiero de Baudilín el rey postrero de Granada, é de toda la gente mora de Andalucía, de cuyos sospiros non se dolieron las paredes deita cuadra de que facedes vuestro aposentamiento, é cuya semblança falleredes al respaldo dese sancto rostro que á vuestra madre donó Doña Francisca ántes que profesasse.

E digo vos que quando el conde D. Diego de Córdoba, señor de Cabra é Baena, prendió en batalla junto al arroyo de Martín-González 18 DE ABRIL DE 1483.

á Mahomad Baudilín el Chiquito, vigésimo rey moro de Granada, é le truxo á esta su villa, como saliese á la cava á les rescibir la condesa Doña María con todos sus hijos é hijas é servidores et escuderos, é viesse el rey Chiquito á la hija mayor de la Condesa, fembra de muy grand fermosura, é muy granada é cumplida, fineó más pobre é lacerado, preso en los amores de la doncella, que lo fuera con los hierros é desdichas de la captividad. E como le tomase gran tristura é pena luego que fué puesto á recaudo en esta torre del Homenaje, el conde Don Diego le facia muy grand cortesia é placer por le consolar é animar en su desventura, diciéndole que las malas suertes é las buenas eran como las pluvias de verano, que tan pronto venían como se iban, ó como yerbecas de los oteros, ántes secas que nascidas: é de esta guisa le daba muy grand consolacion con falagueras razones: é por facelle toda honra é merced le llevaba á la cámara de la condesa Doña María, que era muy gran señora é muy entendida. Aconteseió una noche que como Baudilín se veyesse en su cuadra é contemplasse quán aviesa le iba la fortuna, é recordasse en su reino desamparado, é á los sus parciales muy apretados é perdidos, comenzó de sospirar tan tiernamente que daba muy grand compasion á los que le oían. E como quier que non podiese dormir, é la noche fuesse muy clara con la luna que parecia en el cielo, é le viniessen á las mientes las visiones de aquel amor que otrosí le tenia mucho acoitado, forçaba por se asomar á las lumbreras é finestras de la torre por se consolar con las de aquella donde se aposentaba la doncella. E como Gallegos se oviesse imaginado que el cativo se iba á fuyr, preguntóle qué facia, é dixole que parasse mientes que más forzado era hí por su palabra que por los cerrojos é candados, é que no cumpla á los varones fuertes la furia del basilisco cuanto la prudencia é el sufrimiento, ca fuera mejor caballero quien sopo sufrir. Baudilín le replicó que non era de sedudos nin de cuerdos hombres afrontar al caballero que no se podía valer por su mal andança, et dixole que un rey non facia nunca desaguisado por ende perdesse su honra. E como Gallegos acatasse las razones del rey Chiquito, y le apretasse á que le descubriese sus penas, prometiéndole servir en todo, el Rey se las descubrió: é Gallegos fíco en adelante por que el rey Chiquito fablase con Doña Francisca la hija del Conde, que era muy fermosa, é muy buena otrosí, é mucho honrada: et estaba á esta sazón el Conde en Córdoba. E acontascia que la doncella é Baudilín comenzaban de questionar en las vistas, et en burlas, la doncella porque el rey Chiquito se convirtiesse á nuestra sancta fée cathólica, é rescibiesse el agua del sacro baptismo, et el rey porque Doña Francisca se tornase mora, prometiéndola facer reina del Alhambra, é Xenealarife et el Xaragüí, é los floridos Alixares: é les placia fablar é volver á ello, é tanto que las burlas se tornaron veras, é quedó tan cativa la señora como el rey desleal, é falso, é mozo mal aconsejado; ca el amor no es en poder del hombre.

¶ Doña Francisca, pugnando con su passion é con la ofensa que facia á Dios, se quiso confiar de la su hermana Doña Brianda, que despues casó con D. Diego Ramirez de Guzman, é fué condesa de Teua: é tanto se comprimió el corazon de Doña Francisca con los consejos é advertimientos de la su hermana más pequeña, é con que Doña Brianda lo oviesse contado todo á Doña Marina, vuestra madre, que cayendo en el lecho asaz doliente, llegara á punto de morir de muy apretada malatía, si Doña Brianda no le dixesse que aquel non era fecho de cristiana y honrada, é que lo descubriría todo á la condesa Doña María, si non pudiesse remedio. E como ya fuera muy andada la luna, é los campos se avian cubierto de verduras é de flores, et el venticuec traía sus olores muy dulces, Doña Francisca dábale prisa á convalescer y á se alegrar en las huertas é alcárcas que se parescen por bajo de Luque, é en las fontecicas que hí corren de muy claras é frescas aguas, entre los almendros é olivas é jarales. E como quier que non le pudiese parar la memoria de los sus amores, é otrosí le oviesseen venido nuevas de que el jueves en aquel día llevarían á Córdoba á Baudilín, é que non le volvería á ver por aventura, llamó una siesta á Gallegos, é le encomendó que le sacase la semblança de Baudilín con el mesmo vestido é ropas que tenia en la batalla en que fué cativado, ca Gallegos era muy diestro en el arte de la imaginaria: é Gallegos ge lo ofreció mucho honradamente; é fué á Baena, é ge lo demandó del rey Chiquito, et plógole grandemente á Baudilín, mas non se pudo facer la semblança, ca fué llevado el rey á Córdoba, é dende allí á Porcuna, fasta que se acordaron los pactos.

¶ Doña Francisca non quiso tornar á Baena, é pasaba los días en aquellas huertas é alcárcas asaz malencólica, fasta que una alborada vido que los ginetes de Luque corrian por los campos et el castillo facia la salva, é que llegaron mandaderos á la Condesa á facerle saber cómo el rey de Granada le queria besar las manos ántes de seguir la via que para su reino facia, ca se fallaba libre é desembarazado de su captividad por largueza de los señores Reyes Cathólicos D. Hernando é Doña Isabel. La Condesa le fizo muy grand cortesia é mucha honra, et el Rey le fizo presente de muy ricos paños, et de alambar et algalia é de otras buenas especias, et de muy buenas olores, et de sendos briales de muy

grand obra para las fijas de la condesa: et otrosí para Doña Francisca una tabla con un sancto rostro de nuestro Redemptor Jesu-Christo, é la cobrian cendales é brocado: et el rey Chiquito dixole á Doña Francisca que aquel don no era de moro, ántes de cristiano caballero, et que esto ficiéra por más le servir et le mostrar lo que sabia facer. Doña Francisca gelo agradesció como podedes entender que podría lo agradecer; é fineó que le arrancaban el alma, segund era el dolor que sintió con la venida de Baudilín, et las nuevas de su partida, ca más le plugiera tenerlo preso en la torre: et estuvo á punto de caer sin sentido.

¶ Luego que partió el Rey é se perdieron los zagueros por las sierras de Luque, Gallegos dijo asaz recatadamente á Doña Francisca que levantasse los paños que cobrian el sancto rostro; é la doncella fineó espantada con la semejanza de la pintura, ca en el respaldo del sancto rostro avia trasladado maese Antonio en Córdoba la semblança de Baudilín, con los arreos que dixiera la doncella. E desde aquel día la doncella comenzó de adolecer muy mal, é todo su cuerpo fué cubierto de llagas que gafeidad parescian, con muy gran dolor é queja: é como quier que entendiesse que non podía escapar de la muerte, fizo llamar á Doña Marina de Velasco, vuesa madre, para que fablase con un fraile de la órden de Sant Agustín, que era muy gran siervo de Dios; et el fraile dixo que la enfermedad de Doña Francisca era por pecado que ficiéra: et Doña Francisca lloró muy fieramente, et pidió al conde é á la condesa, la metieseen morja en Sancto Domingo, é ántes fizo que Gallegos pintase una argolla al cuello de Baudilín, ca el conde Don Diego le habia vencido en batalla, é la christiana doncella habia vencido los encantamientos que ficiaran en la semblança del rey Chiquito:

y non la fizo quemar ca la semblança habia tomado iglesia en el sancto rostro del Redemptor del mundo. ¶ E dió otro si la tabla á vuestra madre para que la guardase; é pidió al Conde que echasse á Gallegos de la tierra, é que non volviesse más. Et el mesmo día que profesó la doncella, fué sana, ca trocara la muerte é la mentira por la vida é la bienaventuranza.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

GUSTOS QUE MEREcen PALOS.

De gustos non hay nada escrito, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada como tantas otras por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion; y non hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no menos vulgar de que *Sobre gustos non hay disputa*, porque me atrevería á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios y Panleaxicos* mas corrientes y autorizados, y la *Filosofia vulgar* de Malara, y los *frances de Nuñez*, y los *Sinónimos de Huerta*, y el *Tesoro de Covarrubias*, y las *Etimologías* de Cabrera, esta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario, como por los cerros de Ubeda. Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caracteres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á su fisonomia. De esta infinita variedad fisica y moral de la especie humana, procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonia; porque non hay duda que si todos nacíeramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese solo una, entonces si que serían mas serias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atraccion, la fuerza centripeta... Pero nos vamos extraviando en la ideología... *Retournons á nos moutons*.—Volvamos á nuestros borregos.

Aquí non se trata de disputar sobre el gusto en general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refran), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo antes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podríamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto* de Brillat Savarin; ni bajo su mas sublime y dramático aspecto, del amor; lo cual non podríamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac: ni, en fin, pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Alibert ó el padre Huarte, ni aun siquiera en calcular sus fundamentos fisicos, con la *Cranioscopia* del doctor Gall, ó la *Frenología* de Cubi en la mano.—Nada de eso: nuestra *mision* es mas modesta, muchísimo mas reducida: tomamos por hoy de los gustos humanos una

módica ración, y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina, intentaremos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza,—y pare V. de contar.

Quede pues sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulgares, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heroicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos; necios y extravagantes; gustos que reclaman admiración y respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitación; gustos, en fin, que merecen palos.—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino D. Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la mas incierta de las edades, según el poeta inglés), prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirees* á que convida todo el mobiliario manducante y saltarán de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfacción que debe causarle el ver citada su casa en las gacetas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas; pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, además de los gozos consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrión, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridicularizar su magnificencia, si van VV. á oír á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpación que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbación de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Según los primeros, el gusto de nuestro D. Pánfilo es acreedor á encomios; flores y gacetas; según los últimos merece palos; y como yo soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cuál de los pareceres me inclino.

A la señora Doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinación.—No recibe en su casa, pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las agenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y espense voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni protección propia á ningún necesitado; pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los mas remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretensión; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiosos y apologeticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes, á los herederos; de mudanzas probables, á los que buscan habitación; de almonedas y gangas, á los que andan á casa de ellas; de remedios caseros é infalibles, á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos, á los músicos festeros de la murga.—No puede negarse que esta activa matrona es en cierto sentido una *utilidad social*, y que su gusto é inclinación aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que las colocan entre los gustos que merecen... otra cosa.

¿Y qué recetaremos al del otro ciudadano que sin mas estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cuotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses, reclaman su tiempo y atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persecuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas, las tiendas de la calle de la Montaña, y los corrillos de Puerta del Sol, son los teatros cotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y espense gratis sus opiniones; y entre tanto sus enfermos (si es médico), se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado), se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro), esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia, ó la

pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante), el éxito del recibido de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocación de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirle del azúcar ó el almidón.—Ahora díganme VV. si en conciencia este gusto de disputar impoliticamente de política, es de aquellos de que dispensa el refrán, ó de los que merecen mas bien el epigrafe de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que menos bilioso y acerbo se incline tambien á mirar los negocios públicos por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Pánglos crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.—Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser mas original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espia desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los ministros y magnates, sonríe á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, antes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial.—Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona; un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad!—Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá):—Verdad es; pero en nuestra humilde opinion merece palos.

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los áridos curiales *que han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruídos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legitimas, y con su muger por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretextos para toda querrela, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial. Al falta de familia y relaciones intimas, y no teniendo á la mano sujetos sobre que ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos; reñirá con este por haberle quitado la acera, con aquel por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de mas allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda. Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre que reñir, se mezclará ó identificará con los agenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles, ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Roxas:

«Si el duelo en dos llega á oír
que satisfecho no está,
aunque esté acabado ya
lo hace otra vez reñir.»

Hay quien mas apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pie á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon, y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el legamo del Canal, ó á cazar gorriones en las alamedas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convierte hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata, ó de un corte nuevo del pantalón.—Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna, y á escribir billetes apasionados á la muger que no los comprende, ó composiciones festivas al público, que tampoco los quiere comprender.—Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia, ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De *aficiones inocentes* son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas, que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado ruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo del bal-

con; que se pasan las noches de claro en claro entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los días de turbio en turbio alarmando constantemente á la vecindad con los *rinforzandos* de su piano, ó las *fermatas* de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio café Suizo, y medio Casino, ó que saben de memoria el *escalafón* del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan continuamente á músicos, pintores y poetas á pagarles tributo en su *Album* correton; que son indispensable acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agra-

ciadas personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, grabadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel continuo de su gracia coquetil.—Ediciones populares y económicas, aun mas que las de las Bibliotecas á real la entrega, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, «con gracia y con amor,» que traduciria libremente alguno.—¿Quién ha de ser el cruel que decreta castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos si que no pega lo de los palos, pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo menos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona, que no sabiendo ó no teniendo á mano á quién darse



Viajero del siglo XV, contando las aventuras de Homero.

(después que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo la volvió la espalda asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que convirtiendo su persona en *ánima vili* de experiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía, ó en el vomi-purgante de Le-Roy, bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recetarán estos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo:—tampoco la Hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta indirecta al sostenimiento de la industria cubana;—ó de la que infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada quince días sus doblones positivos por los fugaces papellitos de la renta;—por último, nada diremos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe coplas eléctricas á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos, porque para estas no sabemos si seria bastante el consabido remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamaremos, en fin, la atencion del lector hácia los gustos y aficiones igualmente *inocentes* del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo, y buen salchichero,» que le da por mangonear en co-

fradias y en hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar y repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignaremos *ex profeso* el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de *persona que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotreto;—el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festín, del poeta repentista de todo brindis, del cantor aficionado de todo desconcierto musical;—respetaremos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtíberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos póstumos; el del erudito que anda á caza de libros, impresos antes de Gutenberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto mas cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pretenden comprar la opinion de sabios profundos, de inteligencias fósiles, y organizaciones antidiluvianas; hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecenas espléndidos; y quien diligente escudriñador de

libros y mamotretos viejos, los reúne y apila con el único objeto de substraerlos á la circulación, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad; verdadero Harpagon literario, que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo:

«No es erudito, que es sepulturero
quien solo entierra cuerpos cada día:
bien se puede llamar libropesía
sed insaciable de pulmon librero.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos*.

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se sobreentiende que no fué nuestra intención aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diría bien con nuestra suave condición y blanda correa, tan material y grosera demostración; quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia), que hay refranes para todo; y que si hay uno que dice que *Sobre gustos no hay disputa*, hay otro que responde; sí, pero *Gustos hay que merecen...* las gracias por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

IX.

Pasó algun tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras, se encontró Luisa sin saber cómo, con Carlos, en uno de los ángulos del salón.

Este Carlos es aquel Carlos, que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores, que con tan poco temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y muger, se atrevió contra un matrimonio, y encontró una viuda honrada, que estando en la misma creencia, se atrevió también á dar una carta del amante á la para ella inocente esposa de su huésped, pues como acabados de llegar entonces nuestros jóvenes, ni sabía la buena muger quiénes eran ni quiénes dejaban de ser.

La carta aquella había seguido su curso ordinario; pero aun cuando con ella habían tomado un poco mas de carácter los amores, sin embargo no hubo tiempo para que crecieran mucho, porque á lo mejor tuvo que marcharse Carlos, y aunque muy enamorado, no tuvo mas remedio que dejar en Madrid su corazón y su querida, sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato escepcional entre los amigos hombre y muger, que varia un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa pues ahora Carlos de llegar, y lo primero que había hecho apenas sacudido el polvo del viaje, había sido irse á las máscaras, donde por su fortuna la primera muger que vió fué Luisa. No era el fuerte del buen muchacho amar de todo corazón y de buena fé; pero en esta ocasion apenas se encontró con Luisa, cuando le dió un vuelco el corazón, sintió una especie de frio nervioso, y no tuvo tiempo en medio de su éxtasis, para otra cosa sino para que se le entrase toda entera en el alma, la dedicada imagen de la hermosísima Luisa. No sé si á ella le sucedió lo mismo: lo cierto es que los dos se miraban suspensos, y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por fin Carlos, sacando fuerzas de flaqueza, y venciendo lo que para él en otro cualquiera hubiera sido cobardía de señorito tonto, empezó á hablar, y habló tan mal, pero con tanta espresion, que no quiera Dios que yo me meta á decir aquí lo que él dijo allí, con los ojos y con todo el semblante, mas que con la boca; yo pobre de mí que no tengo mas ojos que enseñar á mis lectores que los de mis garrapateadas letras.

El baile seguía: Rafael estaba cenando con una porcion de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver á Carlos, pero él, que estaba ocupado, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, antes de tenerla, se envolvió en un dominó, y échele usted galgos. Luisa estaba con Inés, que como muger casada y virtuosa y joven, estaba enteramente á disposición de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando quería. Eran las dos muy bonitas para que las faltasen moscones, pero todos en fin, viendo y respetando la tenacidad de nuestro dominó, se fueron con sus bromas al lado de Inés, y hicieron un gran favor con sus risas y su murmullo á Carlos, y yo creo que también á Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Yo no sé lo que se dirían; pero muy marcada debía estar la simpatía entre ambos porque había hasta en el sonido de sus acentos un acorde de amor maravilloso. ¡Felices los cantantes que sin divertir á nadie se divierten ellos en tan sentido dueto!

Seguía en tanto el baile, en el cual mucha gente habría mas fastidiada que la de nuestra historia.

Llegó por fin Rafael al corro de su muger y de su hermana, y entonces Carlos llamóle aparte, quitóse la careta, y dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es un gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo, que fué contestado con placer, y sin andarse en mas rodeos le dijo:

—Chico, se acabó, estoy decidido á casarme con tu hermana, me la das?

Echóse á reír á carcajada tendida Rafael, y le contestó:

—Pues no te la he de dar! tú serás quien no la tomará, enemigo declarado del matrimonio.

—Qué quieres apostar á que me caso? dijo Carlos poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael, ea, hacemos una apuesta?

—Pues, señor, cástate en hora buena, que aunque tú no eres muy de fiar, sin embargo me parece que una muger tan linda, y hermana mía, te ha de poder sujetar; además de que, chico, nosotros hacemos buenos casados á pesar de todo. Pero oye, ¿ella te quiere, eh? Ya yo me presumo algo de esto. Y vamos, dime, cuando has venido? Cuéntame, cuéntame.

—Chico, mira, no estoy para cuentos, dame una prueba de amor dejándome hablar con tu hermana, y no digas á nadie que estoy aquí, porque me molestaria ahora cualquier amigo tanto como una vieja.

Le apretó la mano Rafael, volvióse á poner la careta Carlos, y el uno cogiendo el brazo á Inés, y el otro á Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguía el baile, que seguía bastante bien.

Pues, señor, hé aquí que tenemos colocados á los dos hermanos, y á los dos muy bien, porque Carlos era un título riquísimo de Castilla, que aunque tenía padres, es bien seguro que no se opondrían á este casamiento, porque querian mucho á su hijo, y con solo verla, querrian también á Luisa, por aristócratas que fueran, como no fueran avaros, que no lo eran, y si padres amantísimos de su hijo.

Todo este fortunon se debía en la mayor parte al bueno del sastre, que *trin trin, tris tras*, dale que le darás con sus tijeras, seguía indiferentemente el camino de la vida.

Todo iba á las mil maravillas, y ya era seguro que no había sido una calaverada del momento la proposición de Carlos.

Una sola cosa, pequeñísima en medio de tantas grandes, sucedía, y era, nada para el caso, que tenía una tosecilla ligera la hermosa Luisa, de resultas de un constipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez se metió en cama por uno ó dos días, pero ya había estado un mes enferma sin que Carlos la viese dejado apenas un momento, cuando un día en que estaba á su cabecera, se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi trasparente mano por los aromados rizos de Carlos, dijo con un acento modulado suavísimamente, y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares. —¡Cuánto amor, Carlos! Carlos mío! Le dió un beso, y se murió.

Quedó por un momento Carlos como bajo la influencia de un sueño, al que daba un carácter de idealidad y de transparencia el espíritu vagaroso de aquella muger dulce y amorosa como un suspiro, que sin duda acariciaba todavía al alma engañada de Carlos, que dejó entonces al cuerpo inanimado é inmóvil, inclinado sobre los amados labios, que nada habían perdido de su delicado color. Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion, y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes, ligeramente y de pasada.

Fuéron muy profundos los dolores de Carlos para que yo pueda contarlos uno por uno, y tan grandes, que ante ellos se pierden los de Rafael, que estaba loco de pesar, y los de Inés, por lo que se quedarán mis lectores sin noticia circunstanciada de lo que estos desgraciados padecieron; y si quieren sentir con ellos, sentirán mas en un minuto que se coloquen en su posición, que en cinco horas de lectura interesante. Solo contaré los hechos que bastan para probar la naturaleza de sus desgracias.

Carlos, atolondrado, alegre, al parecer no muy tierno, que hasta entonces no se había enamorado de ninguna muger; una vez probada la compañía que en el mundo hace al hombre el amor, no pudo acostumbrarse á marchar solo por este fastidioso arenal, donde tan pocos consuelos halla el que no los lleva dentro de sí mismo ó en el corazón de una muger querida.

Es verdad que hay una edad en que el hombre no ve en el amor la felicidad; pero Carlos estaba justamente en la época en que se ve en

el amor la felicidad, toda la felicidad, el único objeto de la vida; cuando se tiene un corazón tan lleno de deseos como vacío de goces, si le falta amor, amor, eso que es tanto y que no es nada, lo mismo que el alma del hombre.

Carlos no dormía, no lloraba, no hablaba, solo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazón cariñosamente, á una mirada que allí habían dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convidaba al amor á seguir el inseguro compás de sus pasos, cuando vivía, cuando pasaba por delante de los ojos de Carlos, lo mismo que ahora por su imaginación. Yo no sé si sabiendo lo que esto podía atormentarle, habrá alguien que se niegue á rezarle un padre nuestro, detestándole como á un impío suicida: yo por mi parte le rezaré trescientos para que, si ser puede, salve Dios esta pobre alma de la pena eterna á que la condujo tan sin ella saberlo, un pobre sastre, que sin saber lo que hacía, puso á Rafael y á Luisa en disposición de que todas estas cosas sucediesen, porque si no hubiera sido por él, es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera desojado sobre sus traducciones, no hubiera pasado de ser un pobreton indecente; no se hubiera casado, y sobre todo no hubiera vuelto á ver acaso Carlos á Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile en que cogió el mortal constipado, ni cosa que lo valga. Al fin yo no diré que la culpa del sastre fuera tan positiva que se le pudiera formar causa, pero mediata ó inmediatamente, de su taller habían salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los atroces tormentos del pobre Carlos, la profunda pena de sus padres, que no volvieron á tener un día alegre, y en fin, tantas cosas como ahora mismo estarán sucediendo de resultados de esto.

El bueno del sastre entre tanto, *trrin, trrin, trrin, tris tras*, con sus tijeras, á sus levitas, á sus fraques, á sus chalecos y á sus pantalones. Un sastre dió la felicidad á Rafael, tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre: pobre género humano! eso que llamas felicidad, es una cosa que puede deberse á cualquiera, pero la verdadera felicidad solo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tonto y se concluyó.

Como es costumbre generalmente recibida por los que se proponen algun objeto en sus obras, encerrar en los últimos renglones el resultado de lo que ellos creen que han dicho, y como yo no me propongo ningun objeto en mis obras, sino el de malgastar mi tiempo, y como los últimos renglones de esta cosa, parece que dicen que la felicidad está en ser tonto, añado por posdata estas líneas para advertir á los que lo sean que no vayan á creer que esto es lo que se deduce de todo lo escrito. De todo lo escrito no se deduce nada, ni puede sacarse ningun fruto malo ni bueno, porque todo lo escrito está escrito al buen tum, tum, sin ningun gran pensamiento fundamental, sin ningun sistema, ni filantrópico, ni misantrópico, ni nada; al fin, escrito para entretener, no para enseñar, porque á ser este mi objeto, tendria que aguardar á que los años y el estudio madurasen mis ideas, y entonces haria un gran servicio á la sociedad, y si tenia la ciencia y toda la profundidad necesarias para imitar algun modelo de esas obras filosóficas que enseñan y dirigen, escribiría, no un cuento, sino un libro de los niños, que aunque de lejos, seguiría en cuanto mis fuerzas me lo permitieran los luminosos principios y las sublimes cuanto sencillas ideas, de algun libro de estos que hay ya escrito, y que á mi entender, hará la felicidad futura de esta nación, así como la de todas, si á sus diversas lenguas se traduce.

Con que quedamos, en que ni digo, ni quiero decir nada de bueno ni de malo en este cuento, cuya única intencion es la de añadir paja al inmenso monton de obras que no sirven para otra cosa, sino para matar tiempo, enemigo tan fastidioso por lo menos como los ratones, y contra el cual, lo mismo que contra estos, se han inventado prodigiosamente variadas, infinidad de ratoneras, se han inventado infinidad de pasatiempos, entre los cuales están los literarios, y entre estos, sin mas pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonerilla de mala muerte, coloco yo esta dosis de letras, de palabras, de oraciones, de periodos, de párrafos y capítulos, tósigo bastante para matar un par de horas de tiempo, si el que use de él se aviene á matarle sin provecho propio y solo por matarle.

Nadie ha pensado en sacar partido ninguno de los ratones muertos, porque muertos ellos y limpia la casa es todo uno, y esta es la ventaja que se busca y no la de aumentar la racion de carne en la olla. Perseguido, pues, por mi el tiempo, como se persigue á los ratones, y nada mas, claro está, que si aquel á quien yo dé esta receta casera: «léase lo anteriormente escrito y mataránse un par de horas, y es probado;» se encuentra con que habiendo hecho uso de ella, efectivamente ha matado ese tiempo, aunque sin instruirse, tiene tanto derecho para quejarse, como el que despues de ver limpia su vivienda de indecentes animaluchos, de que para nada le servian, se lamentara.

FIN.

Posdata.

Escrita hoy 18 de abril de 1852, para que el blando lector quede aun mas blando, si acierta á empaparle el autor en las penetrantes razones que se le ocurren para disculparse de su pobre obra.

Se ha publicado esta novela en 1840, escrita á los veinte años, por quien á los treinta y tres que le trabajan há ya tiempo el cerebro, tiene aun bien poco sólidos los cascos. Mire el lector si no es para él una ventaja perdonarme por niño, cuando podria muy bien suceder, que hombre y todo como hoy me estoy, tuviera aun que perdonarme: y gracias, que peores pasadas le habrán hecho.

Ni se ha quitado ni se ha puesto un punto en la reimpression, porque yo escribo con la honrada intencion de ser autor clásico y de estudio, y quiero que en los tiempos venideros, en los cuales yo he de vivir, aunque no sea mas que por vengarme de lo muerto que estoy ahora, puedan observar las estudiosas generaciones futuras, todos los malos pasos que va dejando atrás un escritor, antes de llegar á bueno. Con esto han de cobrar aliento los jóvenes, considerando con qué principio de borrones, por ejemplo los de este cuaderno mio, puede llegarse al fin de la inmortal claridad; v. g., las páginas que yo he de escribir pocos dias antes de mi muerte. Sea bueno el lector de ahora, y por amor de su descendencia, déjeme por lo menos seguir en paz mi camino, que él verá que no ha hecho mal, cuando esté en el cielo y hablemos de eso.

Esta de que me voy á confesar ahora es la mas negra, y con no merecer perdon no habrá mas que perdonármela, ó matarme, porque es manía. Cuentan que yo no sé que célebre literato francés, amigo y medio preceptor de *Madame de Sevigné*, que como el lector sabe, es acaso la única muger que ha escrito amablemente; cuentan pues, que este amigo la dijo entre otras cosas, *je suis malade* (estoy malo), y ella respondió: *je la suis aussi* (tambien yo la estoy), y que por ninguna razon del mundo pudo convencerla aquel sabio, de que debía decir *je le suis* (yo lo estoy), so pena de uno de los mas graves desacatos á la gramática. A esto respondia la bella marquesa, que decir de ella misma, que se sentia femenino á no dudarlo, *je le suis*, y verse como por encanto con la cara poblada de barbas, era todo uno, y que antes era su conciencia de muger que todas las gramáticas.

Con un poco mas de razon que á ella, me sucede á mí lo mismo en otro caso.

Por mas esfuerzos ideológicos que hago, no puedo ver el pronombre *le* aplicado á un dativo femenino, sin que al pobre femenino le salgan barbas, que es un dolor.

Mi amor al femenino es lo primero de todo, y en dativo como en acusativo, escribo y escribiré siempre *la*, y mi oído quedará contento y mi corazón mas, y con su pan se lo coma el que no comprenda mi ternura.

De faltas voluntarias como esta, de faltas de correccion, no más forzosas, y de faltas cometidas contra toda mi voluntad por purísima ignorancia, no sé yo el que dé disculpa. Con el perdon del lector me contento, y me basta y aun me sobra. Yo le prometo enmendarme, menos de mis manías, porque soy voluntarioso, de todos los demás efectos de mi poco saber, si con la ayuda de Dios puedo saber mas.

Ya que estoy mano á mano con el lector, y ocupándole de mis cosas, sin duda porque yo me ocupo de las suyas, no quiero dejar de confesarle otra manía que yo tengo. Tengo la manía de que el lector no sabe cómo me llamo, en lo cual él no pierde nada, pero yo pierdo nada menos que mi personalidad. Todos los que me llaman Santos ó Santos Alvarez, me hacen dudar de mi individuo mil veces al dia, y al oírlos juro que me quedo sin saber quién soy, porque yo estoy acostumbrado á llamarme á mí mismo ó por el santo de mi nombre, que es el beato Miguel de los Santos, ó por mi apellido. Llámeme pues el lector que me ame, Miguel; el que me ame un poco menos, Alvarez; y el que con amor hácia mí ó sin él, tenga saliva larga que gastar,

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

UNO DE TANTOS.

Hoy va ante usted, señor público, uno que aspira á ser hombre, menor de edad para palos, mayor de edad para azotes.

Poco he escrito, pero bueno, y es la modestia mi norte, cualidad que en este siglo es muy propia de escritores.

Poco he escrito en prosa y verso, pocos mis obras conocen,

y jamás en letras gordas
se vió en las calles mi nombre.

Ni el público ni la prensa
me han dado aplausos y honores:
la santa amistad tan solo
mis pobres romances oye.

No soy poeta de tumbas,
ni escribo en admiraciones:
las risas son mi embeleso,
no quiero que nadie lllore.

Que es feo ver á una bella
verter, si el hocico encoge,
perlas en forma de babas
y aljófár en lagrimones.

Mejor es hacer que enseñe,
á manera de quien come,
los adoquines de nácar,
la boca y sus interiores.

Niñas, soltad carcajadas,
hombres, torced los bigotes,
viejas, ó gracias que fuéron,
reid al ver mis renglones.

Que he de darlos en un tomo
con portada de colores,
aleluyás en acero
y al frente mi *coram vobis*.

Haré sábanas carteles
y prospectos á millones,
y los venderá el librero...
si hay alguno que los compre.

O consiento en que otro sea
padre, *gratis et amore*,
del producto de mi númen,
por verme en letras de molde.

Si es corto pronto lo alargó,
si es largo le doy un corte;
que genios de goma elástica
son encanto de editores.

O doy mis versos á un misero
papel de esos que se esconden,
ya por su mucha modestia,
ya por sus pocos lectores.

O á los ciegos bullangueros
por tener el gusto enorme
de que en portales y esquinas
se deletreen y glosen.

Y serán placer de astures
de agua, de lomo y de coche,
y en Madrid no habrá fregona
que no los sepa y entone.

Y se venderán por resmas
á tenderos *in utroque*,
para envolver escabeche,
azúcar y cañamones.

¡Oh Gloria! por todas partes
te voy á asir del cogote,
y habrás de llenar mi casa
de laurel, de oro y de cobre.

Darán pronto mi apellido
á un callejón de la corte,
y me veré en las petacas
y cartuchos de bombones.

Lo espongo á usted, señor público,
porque luego no se asombre
y diga que no merezco
tantos y tales favores.

ROMANCE MORISCO.

Con ambas manos cubriendo
Moraima el rostro de nieve,
del Alhambra maldecía
las solitarias paredes.

Y asomada á un mirador,
con sus lágrimas ardientes
agostó las yerbecillas
que al pié de los muros crecen.

Miraba la fértil vega,
sus ricas alfombras verdes,
y el Genil, que de su padre
guardó el cadáver inerte.

Miraba el cielo azulado
que allá á lo lejos se estiende,
y las libres avecillas
que en el espacio se pierden.

«Avecicas amorosas,
clamaba con voz doliente,
volad, volad á Baena
y nuevas suyas traedme.

Llevad al triste monarca
mi pensamiento y mi mente:
¡ay, si á sus brazos con ellos
el cuerpo volar pudiese!

¡Cuán rápida cruzaría
esas praderas alegres,
tan tristes para el cautivo
que en la prision desfallece!

¡Oh, cuál hallara en su boca
palabras de amor cual siempre,
vida y encanto en sus ojos,
y entre sus brazos placeres!

¡Cuál con mi llanto ablandara
aquellos hierros crueles;
que ante una muger que llora
hierros y cadenas ceden.

Boabdil, Boabdil, esas auras,
cuando tu rostro refresquen,
entre sus alas la vida
te llevarán de quien muere.»

Calló la triste sultana;
y el aura su confidente
al alcázar de Baena
llevó su aliento celeste:—

Y bañada en los perfumes
de lirios y de claveles,
bálsamos vertió amorosa
en el pecho del zenete.

José GONZALEZ DE TEJADA.

TELÉGRAFOS DE LOS ANTIGUOS.

Quien dude si nuestros cándidos y benditos antepasados tenían conocimientos del arte telegráfico, pronto saldrá de confusiones leyendo un papel curioso del tiempo de Felipe V, en que se particularizan los signos que con los pañuelos solían hacerse los amantes para manifestar sus pensamientos en las barbas del mas severo padre, del mas rígido hermano, y de la mas impaciente y grave tia. Con dos pañuelos solamente se combinaban muchas maneras de decir, segun se prueba del papel mencionado, que es como sigue:

CIFRA DEL PAÑUELO.

Dama y hombre deben estar siempre prevenidos de pañuelos, blanco y de color, que con ambos se ha de jugar ó hablar, teniendo cada uno su diferente significado.

Tremolar la dama el pañuelo blanco, es preguntar si la quieren; y el hombre pasándole por la cara.

Decir que sí, ha de ser arrollando el pañuelo entre las manos; y el decir que no, dejando caer el pañuelo al suelo, como que es casualidad.

Significar que están huenos, se demostrará estendiendo el pañuelo; y que enfermo, aplicándole á un lado de la cara.

Decir que se esté quieto ó quieta, torciendo el pañuelo á lo largo. Decir que se ausente, doblar el pañuelo como nuevo.

Que volverá dentro de poco, lo significará el hombre asomando el pañuelo por debajo de la capa, y á su falta, de la casaca, y la dama echarse el pañuelo torcido al cuello.

Que tiene uno ú otro que hablarse ó darse algun papel, será torciendo el pañuelo al brazo.

La mañana, se significa poniendo el pañuelo delante del pecho; la tarde, de la cintura; y la noche, liándose una mano con él.

Para nombrar la compañera, será mordiendo el pañuelo blanco; el criado ó criada, mordiendo el de color.

Querer la dama que la sigan, lo dirá teniendo ambos pañuelos de la una mano.

Los celos los dirá con limpiarse la cara con el pañuelo de color. La satisfacción de ellos, será poniendo doblado el pañuelo de color, delante de la garganta.

Que mude de sitio, doblando el pañuelo de color como si fuera nuevo. Que no puede asistir á la cita, ha de ser fingiendo que se va á sonar con el pañuelo de color.

Si hay alguna novedad triste, se significa dejando caer al suelo ambos pañuelos á un tiempo; si alegre, se arrollarán dichos pañuelos juntos.

El padre, cruzar las manos; la madre, los brazos; el hermano, cruzará un brazo por el pecho hasta el hombro contrario; y la hermana, la misma acción, y ambas con el pañuelo liado á dicho brazo.

No querer que se haga una cosa, lo significará pasándose toda la mano por la cara.

La forzosa ausencia, se notará atando los dos pañuelos; y los días que esta dure, serán cuantas veces cerrare la mano.

Nótese que cuando no se nombra sino pañuelo, se entiende que ha de ser el blanco.



LAS RANAS DE SARTILLY.

Cuando Mr. de Kerangal combatió en la Asamblea constituyente de Francia los derechos señoriales, y citó entre estos la obligación impuesta á ciertos aldeanos de golpear con palos en los estanques para hacer callar á las ranas, una parte de la Asamblea se indignó contra dicha obligación pueril y degradante. Hallábase entonces la nación francesa en una época que hacía mirar todas las cosas por el lado serio; los hechos pues tomaban la magnitud del principio que los producía. No se había inventado aun esa burla sistemática, que despues se ha apoderado de sus reuniones públicas, y que hace imposible que se pronuncien ciertas palabras ó que se toquen ciertos hechos, porque el sarcasmo está siempre pronto para apoderarse de su presa y despedazarla.

Así pues, si entre los privilegios señoriales hubo alguno inofensivo, seguramente fué el del aporreamiento de los estanques. Los villanos cumplían con él, más como un placer que como una carga, y nunca lo llevaban á cabo, dice un autor antiguo, *sin canciones y sin estrépito de dicharachos y carcajadas*. Se conserva con este motivo una tradición graciosa, consagrada por un refrán, que justifica esa alegría sarcástica, tan natural del pueblo normando.

Sartilly, situado en el departamento de la Mancha, tenía, según parece, en la edad media grandes estanques llenos de cañaverales. Estos formaban unos verdaderos bosques, cuya caza se componía de ranas, caza alborotadora por cierto, cuya destrucción se permitía á los aldeanos, quienes se dedicaban poco á ella, porque la buena gente de Sartilly, según la tradición, era mas aficionada á comer callos y beber sidra que á aniquilar ranas.

Sucedió, sin embargo, que cierto verano la Castellana, extranjera que *había llegado de Francia*, seductora y coqueta hermosura, ciega por la música y el baile, se halló fuera de su centro por la vecindad de los músicos acuáticos. Las ranas no la dejaban dormir, turbaban su canto, cansaban su paciencia (todavía las damas no habían inventado los nervios), y en una palabra, tanto hicieron que no pudo menos de suplicar á su señor, que era su esclavo, que hiciese callar á todo trance á las malditas ranas.

El señor de Sartilly convocó en consecuencia á todos los aldeanos, para que sacudiesen las tranquilas aguas, á fin de imponer silencio á

la turba cenagosa. Los villanos se reunieron armados de largos garrotes y empezaron á aporrear el estanque, no sin soltar algunas chanzas sobre el capricho de la dama. Sus garrotes destrozaron todo el bosque de cañas, que se trasformó en un llano inmundito y asqueroso, de modo que la castellana, no pudiendo aguantar sus pestilentes olores, cayó enferma. Se llamó á todos los curanderos de las cercanías, los que se dedicaron tres meses consecutivos al cuidado de la castellana, y esta fué de mal en peor, hasta que la dejaron en paz declarando su mal incurable, de cuyas resultas se puso buena. Esto no obstante, como todavía se hallaba convaliente, se le antojó hilar, para lo cual envió á buscar una rueca verde, pues las cañas de Sartilly servían para este uso; pero cuando trataron de cumplir el deseo de la castellana, se encontraron con que los villanos, al aporrear el estanque, habían hecho añicos todas las ruecas: la dama entonces se incomodó mucho con ellos; pero uno de los mas osados contestó, dando vueltas á la montera entre sus manos, que en su entender,

Quien mal de ranas sufría,
Ruecas menester no había.

Este dicho se hizo allí proverbial, y hoy se aplica á todas las mugeres demasiado delicadas ó habitualmente ociosas, que se dan al trabajo por casualidad.

REYES QUE HAN MUERTO EN LA CAZA.

Favila y el infante D. Sancho, hijo de D. Fernando II, rey de Leon, fueron muertos por los osos; á Felipe el Hermoso de Francia, le mató un jabalí, y D. Juan I de Aragon pereció en la caza de lobos. El emperador Adriano se rompió una pierna en la caza, y D. Dionis de Portugal se libró milagrosamente de un oso.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.